

Melania: En tránsito

Nunca he creído en las casualidades, y sin embargo no dejan de ocurrir una y otra vez. Uno de los escritores a los que más admiro y que más me ha enseñado sobre esto de contar historias, Juan José Millás, me dijo en cierta ocasión que escribir consiste en detectar las continuas casualidades que ocurren a nuestro alrededor y darles significación, darles sentido. Pues bien, la primera vez que leí *Melania*, la obra de Sonia Madrid, fue justamente en un tren. Una historia que ocurre entre vías, andenes y vagones, cosa que yo ignoraba, y da la casualidad (o no) de que la leí durante un viaje en tren. Para ser exactos durante un trayecto de dos horas y media entre Madrid y Barcelona. Apenas terminé de leerla, por supuesto hice lo que hubiera hecho cualquiera en mi lugar: volver a leerla. Me había gustado (mucho). Me había reído (mucho). Y me había dejado lleno de intriga (mucho). Estos dos eternos pasajeros que son *Melania* y Giancarlo, los dos protagonistas de la función (con el permiso del tercer personaje, el Hombre), necesitaban que volviera a visitarlos de inmediato. En la segunda lectura encontré aún más motivos para disfrutar de la obra. Para empezar el humor absurdo que preside la historia, se convierte a medida que la vas conociendo mejor, en una mera excusa para hablar de cosas que nos afectan a todos. Sin resultar nunca pretenciosa (pero sí muy ambiciosa), Sonia Madrid habla en "*Melania*" de aquello que más nos importa: ¿de qué va esta broma de vivir? ¿tiene algún sentido? ¿podemos relacionarnos con alguien de forma real? ¿O es todo un absurdo? Y lo mejor

no es sólo que, como debe hacer el buen teatro, o la buena literatura, nos lanza preguntas que nos remueven sin atreverse a dar respuestas. Lo mejor es que lo hace de manera aparentemente casual. Casi sin darnos cuenta. De forma implícita. Sin verbalizar aquello que verdaderamente está contando. Los personajes no se explican, sino que hacen, dicen, están en acción. Está claro que Sonia tiene una voz propia, y lo que es más importante, una mirada propia. Sobre la realidad, sobre las cosas cotidianas y pequeñas que nos rodean, sobre las relaciones, sobre el viaje diario de la existencia. Sin duda esto es lo mejor que se le puede pedir a un autor. También tiene eso que algunos llaman oído, y que yo más bien llamaría ritmo, sentido de la musicalidad para los diálogos. Y por si eso fuera poco, además tiene mucha gracia. Y creo que eso, cuando estamos hablando del arte de contar historias, no es una asunto menor. Hacernos reír. Sabe atraparnos con el humor. Además hacerlo mientras nos habla de cosas tremendas. Y al mismo tiempo crearnos la necesidad de saber más y más de los protagonistas. Personajes se están buscando, que están en tránsito, que sufren. Y en los que nos vemos reflejados. Sonia nos coloca un espejo deformante delante de nosotros y es capaz de sacarnos una sonrisa, una carcajada (muchas en realidad). Como decía Víctor Hugo, que escribió *Los Miserables* y sabía mucho de lo que es sufrir, "La risa es el sol que ahuyenta el invierno del rostro humano".

Roberto Santiago